

¿Quiére ver milagros?

Por Maximiliano Cera A.
mjceraa@ucn.edu.co
Estudiante de Comunicación Social
Reside en Medellín

Asesora temática
Docente Psi. Ana María Aguilar

Son las 8.00 en punto de la noche y estoy en la puerta de acceso a una reunión de AA (Alcohólicos Anónimos) en uno de los tantos grupos que hay en la ciudad de Medellín.

Es la reunión de principiantes me reciben unas señoras muy amables, quienes me preguntan si soy nuevo en las reuniones, les digo que sí, me dan la bienvenida y me indican que me puedo sentar en el puesto que elija.

Tomo asiento y un señor muy bien vestido y con cara de buena gente da inicio a la reunión: se presenta, dice que es alcohólico y nos sugiere a cada uno de nosotros, pobres Ángeles caídos, que nos presentemos; cuento unas 10 personas, y nadie se atreve a comenzar hasta que una alegre dama se presenta, da su nombre y nos cuenta su historia: se llama Alicia, es alcohólica y la acaba de dejar su esposo, nerviosa me pide un cigarrillo, se lo doy y comienza a hablar: “Me acaba de dejar mi esposo, dice que no puede vivir más con una alcohólica, no entiendo si yo tomo muy poco: una copa de vino cuando salgo del trabajo, y cuando llego a mi casa me tomo unos 2 vinos más antes de acostarme, pienso que mi esposo sacó la excusa para dejarme pues tiene a otra,” le preguntan si su rutina es diaria, ella responde que sí y que los fines de semana se toma unos tragos de ron para relajarse.

El coordinador con cara de comprensión le hace ver que está tomando diario, pero Alicia siente que no tiene ningún problema con la bebida, al final dice: “mi esposo que se joda, que me deje pero yo no me voy a dejar chantajear con este tema.”

El encargado de la reunión nos lee literatura de AA y pregunta si alguien quiere proseguir con la reunión: alguien levanta la mano, se llama Juan, saluda y mientras se fuma su cigarrillo comienza a hablar: “hombre vengo por primera vez a esta reunión, soy alcohólico y quiero que me ayuden a dejar este maldito problema que me está matando: soy un hombre de negocios exitoso, no considero que he tocado fondo aún pero se me hace imposible dejar de beber un solo día, los negocios siempre los cierro con unos tragos y por las mañanas antes de salir me tomo uno o 2 aguardientes para entonarme y trabajar tranquilo durante la mañana, al almuerzo me tomo otros 2 aguardientes y así se me va la tarde, pero en la noche apenas salgo de la oficina, antes de comer y de irme a la cama, ya me he tomado 2 botellas de aguardiente. Esta rutina la he mantenido por 10 años y no había sentido necesidad de buscar ayuda hasta que el fin de semana pasado insulté a mis

suegros delante de mi esposa, cosa de la que no me acuerdo y para rematar me quedé dormido manejando el carro y me choque con una patrulla de la... Policía!!!

Me llevaron preso y estuve 12 horas metido en una estación de policía (se escuchan risas en la reunión).

Una señora que está a mi lado pide la palabra, no da su nombre y le da unos consejos al abatido Juan: le dice que por qué no empieza a darse plazos de 5 minuticos de abstinencia cada vez durante el día, lo invita a seguir yendo a las reuniones y le dice que fue afortunado porque solo fueron daños materiales los que sufrió, pero que la cosa podría empeorar.

La reunión prosigue y un individuo se presenta como Carlos. Nos saluda a todos y de repente se pone a llorar, le dan una aromática, el tipo se calma y comienza a hablar: “hombre yo tenía una gran fortuna y hoy estoy en la quiebra, llevo una semana viniendo a las reuniones, yo bebía diario y hacía fiestas que duraban una o dos semanas seguidas, por descuidar mis negocios, mi socio se aprovechó y me robo todo mi capital, de todas las propiedades que tenía sólo me queda un apartamento, mi esposa se largo con los niños y me cuentan que se consiguió a otro, ¡Ayúdenme ¿qué hago? Pienso que sólo queda suicidarme, no tengo familia, no tengo nada,” se pone a sollozar, todos en la reunión se conmueven, varios levantan la mano para hablar, el coordinador les da la palabra uno a uno.

“Hombre Juan -le dice una señora que está al otro extremo de la mesa-, no te preocupes, que Dios aprieta pero no ahorca, lo importante es que ya estás acá, ten paciencia que las cosas se van a mejorar, no pienses en suicidarte, esa no es la solución,” Juan agradece los comentarios.

Prendo un cigarrillo y me lo fumo despacio mientras me tomo un café que amablemente me ofrecen, mientras tanto otra persona alza la mano: se llama Adriana, está muy ojerosa y sudorosa comienza su relato diciendo que acaba de recaer la noche anterior: “estoy amanecida, bebí hasta el amanecer y por la mañana compré cocaína, saqué fuerzas de donde no las tengo para venir a la reunión, pues no quiero seguir enrumbada: si lo hago no pararé en varios días, mis padres están próximos a regresar de los estados unidos y no quiero que me encuentren en este estado”; saca un pañuelo, se suena y de repente comienza a llorar... “maldita sea, llevaba 5 meses súper bien... y ahora esto?” No da tiempo a que la apoyen, se para y sale corriendo, abre la puerta del salón y se dirige a su carro, se monta en él y desaparece en el tráfico nocturno de la ciudad, alguien dice que la van a llamar a su teléfono celular más tarde a ver si reacciona.

El coordinador retoma la lectura de literatura de AA y hace comentarios que reconfortan a los que estamos presentes. Alguien se presenta como Guillermo y nos cuenta cómo en sus 5 años de asistencia a AA la vida le ha cambiado de un todo por el todo, él dice: “cuando llegué a estas reuniones los médicos me habían desahuciado, no podía parar de beber, ya no tenía familia ni dinero, estaba en la quiebra total, físicamente era un enfermo; llegué acá una noche

borracho, no sé cómo lo hice pero me acogieron, y con el pasar del tiempo fui recuperando la lucidez mental necesaria para darme cuenta del hueco en el que me había metido. No sé como ni por qué puede una reunión con otros borrachos cambiar y recuperar a la gente, pero lo cierto es que es verídico hoy tengo una nueva esposa, voy a ser padre de nuevo, vivo de mi trabajo y soy un hombre feliz, todo gracias a AA.”

Los presentes aplauden, hay intercambio de risas y el coordinador llama al orden.

Miro el reloj ansioso, van 40 minutos de la reunión, de pronto se abre la puerta del salón y entra un tipo mal encarado con cara de pocos amigos, trae un costal al hombro, se disculpa por llegar tarde y toma asiento lejos del grupo, se presenta como Tomás. Todos saludan a aquel hombre con ropas sucias, sudoroso, barbado que no se aparta de su costal; prende un cigarrillo y permanece callado atento a los comentarios que hacen los otros. Alguien me dice que Tomás era un hombre inmensamente rico y que perdió todo lo que tenía por andar bebiendo y consumiendo drogas, pero que está luchando por dejar los vicios y ya sus familiares le consiguieron un centro de rehabilitación para que ingrese a hacerse tratamiento.

La reunión transcurre sin contratiempos y el coordinador pregunta que quiénes somos nuevos, cuento y somos 4.

Una mujer integrante del grupo amablemente nos entrega unos folletos con información sobre AA y unas tarjetas con los teléfonos de los integrantes del grupo por si necesitamos ayuda o apoyo a cualquier hora del día, en cualquier momento, incluyendo la noche.

Una señora llamada Andrea pide la palabra. Se presenta y nos dice que lleva 10 años asistiendo a los grupos de AA, ella cuenta cómo su vida cambió para bien, como dejó de sentir necesidad por beber y por hacerse daño, aprendió según ella, a ver las cosas desde otra óptica diferente, aprendió a vivir de nuevo sin necesidad de tomarse un trago. Dice que es posible divertirse sin tomarse un solo trago y que la vida le sonríe hoy más que nunca, no ahorra en dar los mejores elogios para el grupo.

La reunión transcurre normalmente y dentro del grupo la camaradería es total, se reparte café para todo el mundo y cigarrillos para el que lo desee.

De nuevo se levanta una mano, se le da la palabra: es Roberto. Se presenta y nos cuenta que llevaba 8 meses limpio de alcohol y de drogas, pero que tuvo una recaída muy azarosa ya que se encerró un mes en un cuarto de hotel con una prostituta a consumir alcohol y drogas... Hubo un silencio por un momento, y el coordinador le recordó a Roberto que había dejado de ir a las reuniones semanales, igualmente había dejado de leer la literatura de AA, el coordinador lo confrontó amistosamente y los demás miembros del grupo respetuosamente le hicieron al hombre un llamado cariñoso de atención, Roberto recibió de buen talante los comentarios y prometió seguir asistiendo

a las reuniones semanalmente, pues no quiere volver al infierno en el que se encontraba.

Son las 9.00 en punto. El coordinador da por terminada la reunión y sugiere recordar la última borrachera, y decir: “sólo por hoy no voy a beber”.

Me dispongo a salir y alguien se me acerca, me coloca la mano en el hombro y me dice: ¿Quiéres ver milagros? Venga a AA.